

CAPÍTULO XXXI

La elocuencia política en Atenas, antes del influjo de la Retórica.

Visto ya que la poesía, así en la tragedia de los últimos tiempos como en la comedia, fué poco á poco decayendo hasta colocarse al nivel de la prosa, es fuerza considerar á ésta como elemento predominante en la literatura de la citada época; y ofrece mayor interés la investigación y estudio de las tendencias, el progreso y las leyes del desarrollo de esta última manifestación del lenguaje.

El desenvolvimiento total de la prosa, puede adjudicarse casi por completo al período que media entre las guerras médicas y Alejandro Magno; pues que todos los ensayos en prosa, anteriores á esta época, ó se diferencian demasiado poco del lenguaje vulgar para poder formar una verdadera lengua literaria, ó, si se diferencian mucho, no deben su esplendor y atractivos al propio esfuerzo, sino á la imitación de giros y formas de la poesía, cuyo desarrollo había precedido tantos siglos al de la prosa.

Al estudiar este nuevo género de producciones intelectuales y su desenvolvimiento entre los helenos, paréceme lo mejor no clasificar en géneros el conjunto de las obras en prosa, teniendo para ello en cuenta los asuntos tratados en dicha forma del lenguaje, sino procurar, en cuanto esto sea posible, estudiar en globo las diversas manifestaciones de la prosa, por ser ésta, como forma artística y noble del lenguaje vulgar cuyo objeto es la *realidad* y su agente el *entendimiento* humano, siempre una.

Comparemos ante todo la prosa con la poesía y habremos de confesar que, aunque hermanas, no tienen otra cualidad común que la de poder ser comunicadas por medio de sonidos articulados y fijadas por la escritura, y que no es posible comprenderlas en una misma y única definición. Además, si consideramos la

vida intelectual de la humanidad en el trato social, en el arte ó en la ciencia, siempre hallaremos separadas á la poesía y la prosa.

La *poesía* es por su esencia un arte: *arte bella*. Su misión es expresar las emociones que agitan el alma humana; en la vida material, no tiene fin alguno que cumplir, ni su objetivo puede ser nunca mover la voluntad del hombre á realizar tal ó cual acción; pues que por su propia índole permanece siempre muy por encima de todas las necesidades de la vida terrena. El espíritu ostenta en ella en toda su plenitud, su fuerza y libertad creadoras; y aunque toma sus asuntos de la realidad transfórmalos luego según sus propias leyes y sin acomodarse á ella. Con razón ha sido llamada la poesía, de mil diversas maneras, hija del cielo; y con razón también los griegos consideraron la poesía y no la prosa, como don de las Musas Olímpicas.

Considerada en su origen, la *prosa* no es *arte*; como no es arte tampoco la construcción de una casa, para librarse de las inclemencias del tiempo. No es más ni menos que el uso natural de la palabra articulada y escrita, para determinados fines, los cuales se hallan siempre en las relaciones del hombre con la realidad: en primer término, en el esfuerzo para dar á la realidad, al medio en que el hombre se mueve, al estado social en fin, una forma y una organización en armonía con los intereses individuales ó sociales; y en segundo lugar, en el deseo de adquirir y difundir el conocimiento de la realidad, que el hombre necesita tener para poder someterse al mundo real. Solo gradualmente se despierta en el sér humano el amor desinteresado á la ciencia, el deseo de saber por saber.

Bajo estos aspectos considerada, la prosa dista aun mucho de ser un arte; pero también llega á serlo, como lo es la edificación, cuando al propósito de construir un abrigo contra el viento y la lluvia, contra la agresión y el robo, se une el de imprimir al edificio un carácter dado; el de despertar, por sus formas, determinadas impresiones; el de representar, en suma, en él, toda una vida intelectual. De esta suerte, un pueblo por poco amor que tenga á las bellas artes, transforma cuanto para recabar fines determinados ó para satisfacer materiales necesidades produce, en medios de revelación de sus facultades morales é intelectuales: los vasos, los utensilios y objetos de uso diario, denuncian, con sus formas y adornos, las tendencias y aptitudes de todo un

pueblo; y aunque de una manera vaga, todas las cosas que nos rodean, ejercen en el alma misteriosa influencia.

Y estas tendencias y necesidades del alma que tan poderosas eran en el pueblo griego, fueron las que, á partir de la época de Pericles, produjeron el *arte de la prosa*, moviendo á oradores, historiadores y filósofos, á concentrar en una idea total, en una sola y grande intuición del espíritu, todos los pensamientos que tenían que comunicar á sus conciudadanos, y cuyo fin era unas veces el desarrollo de la actividad práctica y otras la simple enseñanza teórica. Estas tendencias y necesidades, fueron también las que les movieron á acomodar á estas ideas ciertas formas de exposición; de arte que tales formas, para servirnos de una imagen apropiada al caso, acompañaran como música ligera á la acción del pensamiento y produjesen en el alma una impresión que estuviera con los fines prácticos ó teóricos de la obra, en la misma relación en que se hallan el efecto producido en el ánimo por un monumento de bella arquitectura, y el destino del edificio á determinados usos.

Este, y no otro, es el punto de vista desde el cual examinaremos la historia de la prosa en Atenas, con el fin de explicar y aclarar, sobre todo, el carácter general de estas obras con el que se halla íntimamente relacionado el estilo de las diversas formas; la impresión que producen en el ánimo del lector; y finalmente, la conexión íntima que existía entre todo ello y la situación del Estado, la energía y elasticidad de los espíritus y las relaciones de la razón con las pasiones. Pero es evidente que aclarar todo esto sería imposible, si no penetrásemos al propio tiempo en el contenido, los asuntos, los fines teóricos y prácticos de las obras en prosa.

Podemos dividir en tres épocas la historia general de la prosa ateniense, desde Pericles hasta Alejandro Magno: la primera puede señalarse con los nombres del mismo Pericles, Antifon y Tucídides; la segunda con los de Lisias, Isócrates y Platon; y la tercera, con los de Demóstenes, Esquines y Démades. Más adelante verá el lector por qué escogemos estos nombres.

Dos factores muy diferentes concurrieron en la primera época: de una parte la *política ateniense*, y de otra la *sófistica siciliana*. Examinémoslos al punto.

Desde que Solon estableció en Atenas el régimen democrático, los estadistas más distinguidos abrigaban una determinada

idea sobre la misión de su patria, basada en consideraciones sobre las relaciones exteriores y los recursos interiores del Ática y el carácter y aptitudes de sus habitantes. El desarrollo de la democracia, de la industria y del comercio, de la supremacía marítima, en fin, era para aquellos estadistas la empresa que estaba llamada á realizar Atenas. Trasmitidas estas ideas desde Solon á Temístocles y Pericles por conducto de toda una cadena de estadistas ¹⁾, cada vez habían ido tomando más cuerpo y desarrollo; y si hubo un partido político que dirigido por Aristides y por Cimon, intentó poner dique á este progreso, no eran ciertamente tales principios los que combatían, si no que solo deseaban moderar tan precipitado desenvolvimiento para asegurarle más larga vida.

Esta honda meditación y la comprensión clara de las necesidades de Atenas ²⁾, daban á los discursos de hombres como Temístocles y Pericles, una fuerza y una solidez que hacían más impresión en el pueblo ateniense, que la que habría podido hacer cualquiera proposición ó consejo aislado. Los discursos públicos habían estado en uso en Grecia desde remotos tiempos, desde mucho antes que las asambleas populares se apoderaran del gobierno de la nación con el establecimiento de la democracia; los reyes antiguos habían arengado al pueblo, ya con aquella elocuencia espontánea y natural que Homero atribuye á Ulises, ya con breves palabras, como Menelao; Hesiodo asigna á los reyes una musa especial, Caliope, con cuyo auxilio hablaban al pueblo y á los tribunales, persuadíanlos y ganábanse su voluntad ³⁾. A medida que las instituciones republicanas fueron desarrollándose desde los tiempos de Homero y Hesiodo en las ciudades independientes de Grecia, muchos magistrados y demagogos dirigían la palabra á las Asambleas populares ó á los Senados, y sin duda lo hacían á menudo con elocuencia y energía; pero ninguno de estos discursos sobrevivía á las circunstancias que lo moti-

¹⁾ De esto habla Plutarco, en la *Vida de Temístocles*, 2. Temístocles, muy joven aún, se hizo discípulo de Mnesifilo (el mismo que tan importante papel desempeña en la obra de Heródoto, 8, 57), que á la sazón cultivaba, como estudio heredado de Solon, la llamada σοφία, la cual definió Plutarco diciendo que era «actividad política é inteligencia práctica». [Véase la *Vita Solonis*, c. 3.]

²⁾ τοῦ δέοντος, expresión muy usada en Atenas en tiempo de Pericles, y que denotaba cuanto por el momento necesitaba el Estado.

³⁾ [Teogonía, versos 79 y ss.]

vaban, sino que perdíanse en el vacío, sin dejar impresión alguna más durable que la que dejar pudiera una simple conversación; y en todo aquel período no se imaginó—así, por lo menos, debemos creerlo,—que la elocuencia pudiera ejercer algún día predominante influjo en la actividad toda y en las inclinaciones del pueblo. Hasta los mismos jonios, de carácter tan vivo é impresionable, distinguiéronse en la época de su florecimiento intelectual, más por el estilo de la conversación y del recitado familiar, que por el tono elocuente y apasionado propio de las Asambleas populares. Heródoto, al menos, que tantos puntos de contacto tiene con los jonios por su manera de escribir la historia, se complace en intercalar en su obra diálogos y discursos breves y de tono familiar; pero no arengas al pueblo ó demagogias, en lo cual se diferencia esencialmente de Tucídides. Los antiguos reconocen unánimemente que Atenas fué la verdadera cuna de la elocuencia ¹⁾, y que así como sólo han sido conservadas por la literatura las obras de los oradores atenienses, la oratoria no destinada á ser consignada por escrito y que en realidad era el germen de la elocuencia literaria, más tarde tan célebre, fué más y mejor cultivada en Atenas que en ninguna otra comarca de la Grecia.

En *Temístocles*, que con tanta sagacidad como osadía había asentado los sólidos cimientos de la grandeza y poderío de Atenas en época la más difícil y peligrosa, resalta menos la elocuencia propiamente dicha, que la prudencia de sus planes y la energía en su ejecución; sin embargo de convenirse generalmente en que era habilísimo en el arte de exponer sus opiniones y de recomendarlas por medio de la palabra ²⁾. En los discursos de *Pericles*, por el contrario, la elocuencia ocupa un lugar mucho más importante. El poderío y hegemonía de Atenas, aunque constantemente combatidos, habían conquistado ya cierta solidez y estabilidad, y era, por consiguiente, llegado el momento de considerar las ventajas obtenidas y de idear los medios de conservarlas y aumentarlas. Por último, había que meditar y resolver cómo debían aprovecharse la dominación sobre los griegos de las islas y de la costa, conseguida á expensas de tan grandes esfuerzos y sacrificios, y el di-

¹⁾ *Studium eloquentiae proprium Athenarum*, Ciceron, *Brutus*, 13.

²⁾ Sin citar otras autoridades, Lisias, *Epitaph.* 42, dice: Ἰκανώτατος εἰπεῖν καὶ γνῶναι καὶ πράξει.

nero que en tan considerables cantidades afluía á Atenas. Del examen de la vida política entera de Pericles, despréndese que ó creía á su pueblo capaz de gobernarse á sí mismo, ó esperaba poderlo él hacer apto para ello, y que en manera alguna consideraba que pudiera convertirse en juguete de los ambiciosos demagogos. Fortaleciendo cuantas instituciones podían favorecer la participación de los ciudadanos más pobres y oscuros en el gobierno, favorecía también cuanto podía vulgarizar y difundir la educación y los conocimientos científicos; y con sus considerables dispendios en obras de arquitectura y de escultura, infundía al pueblo amor y entusiasmo por lo bello y lo grande. Así, al subir á la tribuna, lo cual de propósito reservaba para las grandes ocasiones ¹⁾, Pericles no llevaba nunca el exclusivo intento de obtener la aprobación de tal ó cual proyecto, si no al mismo tiempo el de imprimir á toda la política de Atenas, á las aspiraciones de los atenienses en punto á su influencia en el exterior, y á la misión, en fin, de su existencia, un criterio noble y elevado que en concepto de este verdadero amigo del pueblo, debía subsistir mucho tiempo. Tal es, y no otra, la pintura que hace Tucídides, á quien por muchos conceptos hay que considerar como digno discípulo de la escuela de Pericles, del carácter y tendencias de la oratoria del gran estadista, en las tres arengas que pone en sus labios. Estos admirables discursos que Tucídides atribuye á Pericles, forman por sí solos un hermoso conjunto completo y acabado. En la primera arenga ²⁾, demuestra la necesidad de hacer la guerra al Peloponeso y la probabilidad de alcanzar la victoria; en la segunda ³⁾,—pronunciada después de obtenidos los primeros triunfos en la lucha—en forma de oración fúnebre, exhorta á los atenienses á perseverar en su conducta y género de vida: apología, y elogio de Atenas, ostenta un hermoso sello de sinceridad, de nobleza, de moderación y de conciencia del propio valer. En la tercera ⁴⁾, finalmente,—pronunciada después de los sufrimientos con que la peste, más que la guerra, había afligido á Atenas, y los cuales habían sembrado en el pueblo ateniense la indecisión y el temor en sus resoluciones—ofrece

¹⁾ Plutarco, *Pericles*, 7. [Véase además *Præcepta rei publicæ gerendæ*, c. 15.]

²⁾ Tucídides, 1, 140—144.

³⁾ Tucídides, 2, 35—46.

⁴⁾ Tucídides, 2, 60—64.

á los ciudadanos el consuelo más digno de un espíritu varonil, demostrándoles que el destino, con que no se puede contar, era el único que hasta entonces les había engañado; pero no sus cálculos y previsiones, los cuales tampoco les engañarían en el porvenir, si ellos no se arredraban ante accidentes imprevistos ¹⁾.

No se ha conservado escrito, ningún discurso de Pericles ²⁾. Causa ciertamente profunda extrañeza que no se procurase fijar y conservar, así para los contemporáneos como para la posteridad, obras que todos juzgaban inimitables, y que en cierto sentido deben ser forzosamente consideradas como el más hermoso fruto de la elocuencia ³⁾. Tan extraño fenómeno sólo puede explicarlo satisfactoriamente la circunstancia que ha poco consignábamos, de que nadie en aquella época imaginaba que un discurso pudiera tener otro mérito que el de recabar la consecución de un fin práctico cualquiera; aun no había nacido en Atenas la idea de que los discursos, lo mismo que los poemas, abstracción hecha de sus asuntos, merecían ser conservados por la belleza de la composición y de la forma. Sólo quedaba grabada en la memoria de los oyentes, alguna que otra expresión vigorosa; pero los griegos conservaron durante mucho tiempo después de la muerte del ilustre estadista, honda impresión de la grandeza y energía de las oraciones de Pericles. Ahora bien; por una parte esta impresión de que nos hablan escritores muy posteriores, y por otra, la afinidad de Pericles con otros antiguos oradores atenienses y con el mismo Tucídides, nos colocan en estado de poder formarnos idea

¹⁾ Un discurso en que Pericles reseñaba las fuerzas militares y los recursos con que contaba Atenas, lo trasmite Tucídides, 2, 13, en lenguaje indirecto y extractado, precisamente porque no le ofrece ocasión de desenvolver ideas generales.

²⁾ [Ya Quintiliano, 3, 1, 12, juzgándolos con acierto, declaró falsos los discursos atribuidos á Pericles, de que habla Ciceron en *Brutus*, § 27, y en *De Oratore*, 2, § 93; véase también sobre este particular á Plutarco, *Pericles*, c. 8. Los pasajes de discursos de Pericles citados por Aristóteles, *Retórica*, 1, 7, p. 1.365, a, 32 y ss.; 3, 4, p. 1.407, a, 1 y ss.; 3, 10, p. 1.411, a, 2 y ss.; 3, 18, p. 1.419, a, 2 y ss., descansan menos en la tradición oral, como quiere Blass, *Die attische Beredsamkeit von Gorgias bis zu Lysias*, p. 34, que en su consignación en antiguos τέχνη. Véase además Sauppe, *Die Quellen Plutarchs für das Leben des Perikles*, Göttingen, 1867, p. 26 y ss.]

³⁾ Platon, no muy amigo por cierto de Pericles, lo mira como τελεώτατος εἰς τὴν ῥητορικὴν, y busca el origen de ello en su conocimiento de las especulaciones de Anaxágoras, *Fedro*, p. 270, a. Ciceron le llama en el *Brutus*, 12, *oratore m prope perfectum*, probablemente por tener algo que decir de los demás oradores.

clara, no en modo alguno caprichosa, de la elocuencia de Pericles.

Caracteriza, en primer término, su oratoria y la de cuantos á él más se asemejan, la extraordinaria abundancia y maravillosa precisión de las ideas. La reflexión no gastada aún por el constante hábito de la abstracción, ni relajada por razonamientos triviales, penetra con fuerza y energía en el mundo de las cosas humanas, y auxiliada por segura experiencia y observaciones sutiles, proyecta sobre todos los objetos la luz de ideas generales y ordenadoras. Ciceron dice de Pericles, Alcibiades y Tucídides—porque con razon cuenta á este último entre los oradores—que los caracteres de su estilo son «la sutileza de los pensamientos, la agudeza y la concisión ¹⁾ y mayor riqueza de pensamientos que de palabras»; y establece clara diferencia entre éstos y la generación algo posterior de Cricias, Teramenes y Lisias, que aunque conservaban aún la savia de Pericles ²⁾, diluían más las ideas ³⁾.

Examinadas más de cerca, hallamos que las opiniones de Pericles están siempre fundadas en la atenta observación de las cosas humanas. La majestad que le distinguía como orador y que le había conquistado el sobrenombre de Olímpico, descansaba muy especialmente en la facilidad y pericia con que subordinaba todo suceso aislado á principios generales é ideas y especulaciones de un orden superior, inspiradas en el grandioso concepto que tenía formado del destino de la humanidad. Por esto dice Platon que Pericles, además de sus maravillosas dotes naturales, había adquirido una gran elevación de pensamientos que perseguía siempre fines determinados ⁴⁾; y por ello también, sus ideas quedaban profundamente grabadas en el corazón del oyente.

¹⁾ Dice *subtiles, acuti, breves*; donde *subtiles* significa la distinción exacta de las ideas y la expresión clara y precisa de los pensamientos.

²⁾ *Retinebant illum Periclis succum.*

³⁾ *De Oratore*, 2, 22. Ciceron, en su *Brutus*, 7, clasifica de distinta manera á los oradores: coloca á Alcibiades al lado de Cricias y de Teramenes; dice que puede aprenderse á conocer su elocuencia por Tucídides, y los llama: *grandes verbis, crebri sententiis, compressione rerum breves et ob eam causam interdum subobscuri*. Filóstrato, *Vit. Sophist.*, 1, 16, caracteriza perfectamente á Cricias, y mejor aún Hermógenes *περὶ ἰδεῶν* (en Walz, *Rhetor. Graeci*, t. 3, p. 388); de aquí se infiere que su estilo era el término medio entre el de Antifon y el de Lisias.

⁴⁾ Platon, *Fedro*, p. 270, a: τὸ ὑψηλόνου τοῦτο καὶ πάντη τελεσιουργόν... ὁ Περικλῆς πρὸς τῷ εὐφυῆς εἶναι ἐκτίσατο. *Τελεσιουργόν* significa, á juzgar por el contexto, el esfuerzo para conseguir un noble objeto.

Según la bella imagen de Eupolis, quedaban clavadas en el alma, como el aguijón de la avispa ¹⁾.

La profunda impresión que producían los discursos de Pericles, descansaba, única y exclusivamente puede decirse, en la elevación y la oportunidad de sus ideas. La elocuencia de Pericles no tenía otro objetivo que el de persuadir al pueblo y encauzar sus tendencias y aficiones por determinados derroteros, sin que para nada entrase en sus planes el propósito de despertar emociones vivas pero momentáneas, soliviantando á tal fin las pasiones de sus conciudadanos. Juzgando por el total desenvolvimiento de la elocuencia ateniense, debemos creer que no habría podido hallarse en los discursos de Pericles el menor vestigio de los recursos y artificios con los cuales los oradores posteriores sabían despertar emociones más desordenadas y violentas. Si por otra parte atendemos á la pintura que se nos hace del modo de accionar de Pericles en la tribuna, de su tranquilidad y compostura, de su fisonomía siempre serena, de su ademán digno y tranquilo, del tono de su voz siempre inalterable ²⁾, habremos de inferir también que así la disposición de su ánimo, como las impresiones que despertaba en sus oyentes, eran de igual suerte tranquilas y suaves. Jamás intentó Pericles agradar al pueblo hablándole de otras cosas que de las que convenían á los intereses de Atenas, y jamás también descendió hasta adularlo. Aunque era grande la idea que tenía formada de los talentos y misión de sus conciudadanos, nunca temió decirles amargas verdades, cuando las circunstancias lo demandaban. Pero esta misma franqueza suya, dice Ciceron, fué siempre mirada como muestra de su amor á la patria, y producía favorable impresión cuando declamaba contra las muchedumbres ³⁾. Hasta en los momentos en que era su propia vida la amenazada, sólo esperaba la salvación del convencimiento del pueblo, basado en la clara y enérgica exposición de la verdad, nunca en momentáneas y pasajeras emociones ⁴⁾. Y mucho menos

¹⁾ [En los escolios á los *Acarnienses* de Aristófanes, verso 529. Véase Ciceron, *Brutus*, § 9, y *De Oratore*, c. 15.]

²⁾ Plutarco, *Pericles*, 5.

³⁾ Ciceron, *De Oratore*, 3, 34.

⁴⁾ Nada revela mejor la transformación sufrida por la elocuencia griega, que el pasaje en que Dionisio de Halicarnaso declara inadmisibles que Pericles hablara, en el tercer discurso que en sus labios pone Tucídides, con la dignidad y la calma que el historiador le atribuye. «Donde jueces y acusadores son los

se esforzaba por distraer ó recrear á la multitud; pues jamás en la tribuna animó su rostro la más ligera sonrisa ¹⁾, ni en su digno continente había nada que trascendiese á la más fugaz alegría ²⁾; toda su persona, en suma, revelaba el decoro y la dignidad más intachables.

Con ayuda de algunas tradiciones y habida consideración del carácter de la época, podemos también formarnos idea del estilo oratorio de Pericles. El insigne estadista empleaba, aun más que Tucídides ³⁾, el lenguaje vulgar, el dialecto ático general y corriente; pero gracias á la exactitud y propiedad en su empleo, sabía dar á las palabras gran fuerza y eficacia: elementos importantísimos del vigor y de la energía de su estilo. Aunque su elocuencia era más la elocuencia del entendimiento que la elocuencia de la fantasía, sabía darle la energía y la vivacidad productoras de brillantes imágenes; por otra parte, el escaso desarrollo de la prosa le obligaba á servirse también de giros poéticos. Los críticos antiguos, especialmente Aristóteles, nos han transmitido no escaso número de estas locuciones y apotegmas de los discursos de Pericles. De ellas pueden ser ejemplo aquélla en que dice de los samios que eran como los niños, que «toman la papilla pero no dejan de gritar»; y aquélla otra en que, á propósito de los funerales celebrados en memoria de algunos jóvenes muertos en la guerra, emplea la bella imagen del año que pierde su primavera ⁴⁾.

mismos, es preciso comenzar por verter abundantes lágrimas y prorrumpir en mil lamentaciones, para ser escuchado con benevolencia.» Dionisio de Halicarnaso, *De Thucydide iudicium*, c. 45, p. 927. El retórico del tiempo de Augusto, confunde evidentemente el carácter de las épocas más distintas.

¹⁾ Plutarco, *Pericles*, 5: προσώπου σύστασις ἄδρυπτος εἰς γέλωτα. [Véase *Praecepta gerendae rei publicae*, c. 4.]

²⁾ *Summa auctoritas sine omni hilaritate*, Ciceron, *De Officiis*, I, 30.

³⁾ Como se desprende del hecho citado al final del capítulo XXVII.

⁴⁾ Aristóteles, *Retórica*, I, 7. 3, 4. 10. [Véase también Plutarco, *Pericles*, c. 8, donde se citan fragmentos de una obra atribuida á Estesimbrotto.]

CAPÍTULO XXXII

La oratoria sofística.

El arte de la oratoria recibió considerable impulso de los *sofistas*, los cuales ejercieron sobre toda la cultura intelectual de la Grecia, poderoso influjo sólo comparable al de los antiguos poetas.

Como su mismo nombre indica ¹⁾, los sofistas eran hombres que hacían de la sabiduría una profesión, y que prometían hacer sabios á cuantos quisieran seguir sus enseñanzas. Ellos fueron los primeros—de tales, por lo menos, los acusaron á menudo los socráticos—que vendieron la ciencia por dinero, ya haciéndose pagar una determinada cantidad por cuantos querían escuchar sus lecciones (*ἐπιδησίσεις*) ²⁾, ya recibiendo considerables sumas por iniciar en sus teorías á los jóvenes, á los cuales no abandonaban hasta que podían reputarlos perfectos sofistas. El deseo de aprender era entonces tan grande en Grecia ³⁾, que no sólo en Atenas, sino al lado de los oligarcas de Tesalia, acudían en tropel á sus lecciones, oyentes y discípulos; que la llegada de cualquiera de los grandes sofistas, como Gorgias, Protágoras ó Hipias, era celebrada como el más fausto suceso en las ciudades; y que estos hombres acumulaban riquezas, que nunca alcanzaron después en Grecia para sus maestros las ciencias ni las artes ⁴⁾.

¹⁾ [Según el testimonio de un gramático, en el *Etymol. M.*, p. 722, 16, Aristóteles dió este nombre á los Siete Sabios.]

²⁾ Había gran diferencia en las sumas pagadas para asistir á estas lecciones: había lecturas por un dracma, y lecturas por cincuenta dracmas.

³⁾ Véase lo observado en el cap. XXVII.

⁴⁾ [Esto pudo ser cierto si era verdad, como Platon sostiene en *Menon*, 91, que produjo á Protágoras su arte más que á Fidias y otros diez escultores produjo el suyo; pero esta afirmación no nos autoriza á exagerar demasiado los rendimientos que percibían los sofistas. Según testimonio de Isócrates en el dis-